

# Anzoátegui, Boyacá y Ayacucho

Escribe: S. T. FORZAN-DAGGER

“Por cima de Los Andes, en vuelo de águilas, vino (Anzoátegui) a sellar en Boyacá la libertad de Colombia. Manos ilustres de mujer lo consagraron varón de gesta. Y en pleno apogeo de grandeza —cuando todo se esperaba de la grávida plenitud de su ser—, como astro que pierde la ruta, súbitamente se hundió en los pavorosos abismos de la muerte”.

*Fabio Lozano y Lozano.*

Hasta la fecha no se ha hecho ninguna investigación histórica acerca de quién iba a dar la batalla decisiva en la independencia de Suramérica. Sin embargo, examinando con cuidado los documentos de aquella época nos damos cuenta de que la gloriosa batalla de Ayacucho no se hubiera dado en 1824 y su autor no hubiera sido el general Antonio José de Sucre. En verdad que es hasta curioso. Pues, ¿quién podría ocuparse, en historia, de lo que pudo ser pero que no fue hecho concreto? Trataremos, no obstante, de ver ello. Mas al intentarlo no lo hacemos para deslustrar las altas calidades de militar del héroe epónimo de Cumaná. Ya que en este modesto ensayo acerca del general José Antonio Anzoátegui no nos guían aviesas intenciones para con nadie y ni el deseo de glorificarlo —porque no lo necesita— a costa de la de otro prócer. No. Nuestro objeto fundamental es el de darle el puesto que merece el general Anzoátegui en la nómina de los grandes héroes de América. Y para ello —dicho sea en justicia y en honor a la verdad— no vamos a tergiversar la historia, sino a transcribir textualmente los documentos que tienen relación con este interesante tema de nuestra magna epopeya libertadora.

Empezaremos por “El Correo del Orinoco”, del sábado 30 de octubre de 1819, en cuyas páginas aparece una nota infor-

mativa, no oficial, donde dice, al referirse a la independencia definitiva de los pueblos indoamericanos, que el general José Antonio Anzoátegui sería quien iba a sellar la redención de dichos pueblos. No existiendo por aquel entonces el nombre de Sucre para estas importantes y delicadas operaciones militares en las cuales se jugaba el destino de este Continente. La nota de referencia dice así:

“Las columnas del Ejército del Sur han marchado al mismo tiempo que las del de operaciones del Norte. Se dice que el General ANZOATEGUI mandará aquellas tropas que, reforzadas con los Patriotas de Popayán, en donde el enemigo puede oponer muy poca resistencia, tomarán sobre Quito una actitud imponente, propia a favorecer la independencia de Lima, y completar así la de toda la América del Sur. La imaginación se pierde al extenderse sobre los resultados de la batalla de Boyacá, pequeño y despoblado sitio, que, como los de Arbela y de Farsalia, se inmortalizará en la Historia por haberse cambiado allí los destinos de un inmenso Imperio”.

Como ha podido observarse, el general Anzoátegui era a la sazón uno de los más distinguidos oficiales —si no el mejor— de Bolívar. Podríamos asegurar que él, Anzoátegui, era su primer lugarteniente en asuntos militares. Lo que nos hace pensar que el ilustre prócer barcelonés jugaba un papel de primer orden en las filas de los ejércitos libertadores. Y no de segundo orden como han querido dársele, entre los principales jefes patriotas, los historiadores (con excepción del eminente historiógrafo Fabio Lozano y Lozano) de ahora. Notándose, entre otras cosas, el olvido injusto en que se le ha tenido al ser relegado a la más completa oscuridad. Pero esto —lo de segundo orden— podríamos despejarlo con una carta que dirigiera el Libertador al general Anzoátegui muchos días antes de su prematura y súbita muerte, donde se revela la confianza que tenía en él al conferirle la grave responsabilidad del ejército más numeroso que se viera en aquellos tiempos de lucha tenaz por la causa de la emancipación americana. Aquí, en esta carta, le designaba como el verdadero jefe que daría la batalla final, que no otro general patriota. En un acápite de este importante documento se puede leer lo siguiente:

“Redoble Ud., General, sus esfuerzos para aumentar y disciplinar los cuerpos que Ud. manda. Sea Ud., sobre todo, muy

vigilante. Cuide mucho de la Guardia, recuerde que en ella tengo puesta *toda mi confianza* (el subrayado es nuestro). Con ella, después de haber cumplido nuestro deber con la Patria, marcharemos a libertar a Quito; y quién sabe si el Cuzco recibirá también el beneficio de nuestras armas; y quizás el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas...”.

Cuando leemos de esta carta “. . .y quizás el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas”, ello nos hace pensar que Bolívar se había fijado solamente en Anzoátegui y no en otro jefe republicano. Con él era, pues, con quien iba a recorrer toda la América del Sur en son de libertad. Era él, según las cartas del Libertador, el designado para dar y sellar la independencia en este joven Continente.

Mas, esto no es todo. Otra prueba fehaciente de la importancia del general Anzoátegui en las filas patriotas, es una carta que escribiera Bolívar —unas horas antes de saber la muerte de dicho general— al Hombre de las Leyes, el 19 de noviembre de 1819, desde su cuartel general de La Salina, cuyo texto reza:

“En atención a que para obrar activamente sobre la Costa de Santa Marta y Río Hacha, con suceso y seguridad, se necesita de la cooperación eficaz de las Provincias de la Nueva Granada, he determinado dirigir a V. E. esta orden para que le dé puntual ejecución en los términos que expresa. Indispensablemente, en todo el mes de enero, yo enviaré una expedición, sea de ingleses, o sea de americanos. Si es fuerte vendrá sobre Santa Marta; si no lo es tanto, será sobre Río Hacha. Esta expedición tendrá por objeto hacer frente al enemigo de Cartagena y apoderarse del Magdalena, mientras que el señor General Anzoátegui marcha con su División a tomar a Maracaibo, por la vía de Chiriguaná y Valledupar. Esta División debe constar de los cuerpos que actualmente están bajo sus órdenes inmediatas, inclusive el batallón *Granaderos* y la caballería. V. E. con el cuadro del batallón inglés y los *Guías* del Comandante Mujica, puede formar dos grandes cuerpos, para ocurrir con ellos a la defensa de la capital. Estos cuerpos así aumentados, serán siempre excelentes porque siendo tan valientes y aguerridos los Jefes, Oficiales, Sargentos y Cabos, no hay duda que la tropa participará o adquirirá sus virtudes; pero es necesario que V. E. se interese en que los *Guías* se instruyan en la táctica, cálculo especialmente los Oficiales. Para armar el batallón inglés calculo

que tiene V. E. 600 fusiles por lo menos; ellos llevan más de 100; 300 he mandado que se envíen a V. E. de Soatá y entre los que se compongan en Tunja y esa capital debe completarse aquel número por lo menos. La División del General Anzoátegui debe pasar por Cachirí a Ocaña, a fin del mes de enero, teniendo todo este tiempo para preparar su marcha, reuniendo en las cercanías de Cácuta de Soatá, todos los bagajes y víveres indispensables. Esta operación se hará sin el menor peligro de la Nueva Granada porque en todo el mes de enero seremos dueños de Guanare, si no lo fuéramos de todo el Occidente de Caracas, y marchando rápidamente sobre el Magdalena la expedición inglesa, y sobre Maracaibo el señor General Anzoátegui, ¿quién ha de atacarla? Además para entonces V. E. debe haber recibido dos o tres mil fusiles, que supongo yo en marcha y cuya conducción yo aceleraré. El General Anzoátegui debe llevar 3.000 hombres, por lo menos, entre caballería e infantería, y si hubiere armas debe completársele el armamento con las que hayan llegado; pero si no hubieren llegado, las recibirá en la Costa de la expedición marítima que traerá fusiles sobrantes. También tomará allí las municiones que necesite, pero no por esto dejará de llevar cuantas tenga disponibles. La expedición marítima será por lo menos de 2.000 hombres, y cuando más de 3.000. Probablemente la mandarán el señor General Bermúdez y el Coronel M. Montilla".

*Bolívar.*

Como hemos visto, no es la pasión hacia el héroe barcelonés quien habla. No. Son los instrumentos históricos que hemos transcrito en este artículo y que el amable lector podrá juzgar sin parcialidad. Además, es de recordar asimismo que cuando este general murió, unas horas después de haber asistido a un banquete que se le diera para festejarle sus treinta años de fructífera existencia, era el segundo jefe luego del Libertador. De consiguiente, el propósito del autor del presente trabajo no es el de restarle personalidad a ningún otro prócer de nuestra Independencia, sino —repetimos— el de darle el puesto que merece el general Anzoátegui en la constelación de prohombres sudamericanos. Porque este oficial fue —según los documentos históricos— el héroe de la Batalla de Boyacá. Y como esta batalla aseguró para siempre la independencia de los pueblos de este Continente, entonces al general Anzoátegui no se le puede relegar a una posición de héroe cantonalista y menos de segundo orden, sino continental, por la parte decisiva que tomó

en esta gloriosa acción de armas. Y para justificar este aserto nuestro, transcribimos en seguida algunos conceptos sobre la conducta de este general en dicha batalla:

El general Tomás Carlos Rígh, actor y testigo, que en ese entonces era teniente coronel del batallón *Rifles*, en sus interesantes *Memorias*, consigna: “En esta batalla el General Anzoátegui, que comandaba la División a que pertenecían *Rifles* y *Albión*, se comportó de manera similar a la de Bolívar, y siempre se le vio desde el principio hasta el fin del día, en lo más recio de la lucha, por lo que en justicia podría llamársele el *Ney* de aquella jornada: el bravo de los bravos”. (Tomado del “Boletín de la Academia Nacional de la Historia”, número 79, Caracas).

También, el general Pedro Julio Dousdebés, eminente historiador y crítico militar colombiano, en su exhaustivo estudio intitulado *Trayectoria militar de Santander*, cuando se refiere a la conducta de ambos generales en la Batalla de Boyacá, afirma: “Santander y Díaz combatieron sobre el puente, separados por el Teatinos. Santander dirigió su combate que terminó con pasar el dicho puente, obligando al enemigo a abandonar sus excelentes posiciones y a ponerse en fuga precipitadamente. Anzoátegui hizo su combate contra Barreiro, o mejor, contra Jiménez, en las lomas al norte del río, distantes casi un kilómetro de éste; no dejó avanzar al realista hacia el puente; lo quebrantó a fondo con la caballería y terminó por rendirlo envolviéndolo completamente. El combate de Santander fue el de líneas frontales y paralelas, y terminó por un ataque sorpresivo de caballería contra la espalda del ala derecha enemiga, con lo que se hizo posible la ruptura del centro. El combate de Anzoátegui fue el de fijar al enemigo en su sitio, romperlo en su centro con la más audaz de las cargas de caballería y, luego, rodearlo completamente con infantería. Los resultados tácticos fueron estupendos —afirma el apologista de Santander—, superiores los de Anzoátegui a los de Santander. Aquellos se tradujeron nada menos que en tomar 1.600 prisioneros con sus Jefes y Oficiales, armas y bagajes; los de Santander no pasaron de hacer huír en carrera a más de 1.000 hombres de una renombrada infantería...”. (Páginas 225/6).

Igualmente, Bolívar mismo en documento inédito fechado en Angostura el 22 de diciembre de 1819 y el cual se conserva en

la Casa de Moneda de Bogotá, reitera su juicio acerca de la actuación de Anzoátegui en la Batalla de Boyacá cuando afirma: “Exceden a todo elogio y encarecimiento los distinguidos servicios que ha hecho el General Anzoátegui a la República en la gloriosa campaña de la Nueva Granada, y muy especialmente en la memorable jornada de Boyacá; pudiendo asegurarse que, obligada de sus heroicos esfuerzos, y de los del Coronel Rondón, la victoria se decidió por fin a favor de nuestras armas...”.

Y por último, como si todo esto fuera poco, aquí tenemos el parte oficial de la Batalla de Boyacá, documento irrefragable, que dice textualmente: “Nada es comparable a la intrepidez con que el señor General Anzoátegui, a la cabeza de dos batallones y un escuadrón de caballería, atacó y rindió al cuerpo principal del enemigo. A él se debe en gran parte la victoria”. (Cuartel General de Ventaquemada, a 8 de agosto de 1819.-9º).

Mas, es de advertir que algunos historiadores, como don Enrique Otero D’Costa y Elías Prieto Villate, han afirmado que Bolívar no tomó parte en la Batalla de Boyacá. Y que “el parte de la Batalla de Boyacá —escribe Prieto Villate— fue dado por el jefe de Estado Mayor, general Carlos Soublotte, y como él no presencié la batalla, porque estaba con el Libertador, tuvo necesariamente que escribirlo por los informes que le dieron, y, por lo mismo, no es extraño que atribuya todo el mérito del triunfo al general Anzoátegui, no haciendo mención de Santander sino para decir que siguió persiguiendo a los derrotados...”. Tal consejo, donde se percibe la exaltación jingoísta del señor Prieto Villate, la echa por tierra Santander mismo en su interesante escrito *El General Simón Bolívar en la Campaña de la Nueva Granada de 1819*. En las páginas del mencionado escrito no hay ni asomo de protesta ni de resentimiento de parte del Hombre de las Leyes. Al contrario. El general Santander se muestra de acuerdo con todos los acápites del Boletín de Boyacá, cuando afirma: “El Boletín del 8 de agosto ha referido ya la batalla de Boyacá, y yo no añadiré sino que el general Bolívar, presente en todos los puntos de acción, dio las órdenes precisas para hacer brillar el valor de las tropas, el esfuerzo de los jefes y oficiales y terminar de una vez la obra que había tomado a su cargo”.

Ahora bien, sería bueno hacer unos interrogantes sobre la fecha de la independencia de Suramérica si el general José Antonio Anzoátegui no hubiera muerto exactamente a los 30 años

de edad en aquel banquete que se le diera en la neblinosa ciudad de Pamplona, en honor a su cumpleaños, el 14 de noviembre de 1819: Suramérica, ¿hubiera sido libertada antes de 1824 si Anzoátegui no hubiera muerto? La tardanza de libertar a Suramérica, ¿no se debería a la inesperada muerte de Anzoátegui? Si Anzoátegui hubiera sobrevivido a la Independencia de este Continente, ¿Sucre habría aparecido en la historia con la personalidad que tiene actualmente? Advertimos, una vez más, que no tenemos interés alguno en denigrar la obra militar del general Sucre. No. Lo que deseamos es sacar a flote asuntos de historia sobre los cuales nadie ha escrito. Por tal motivo, sería de justicia que se tratara este tema de importancia histórica con la mayor imparcialidad.

Refiriéndonos al ilustre mariscal cumanes, es innegable el genio de Sucre, hombre de virtudes insignes, le cupo la suerte, más que a Anzoátegui, de desarrollarlas y ponerlas en práctica por mayor tiempo que aquel, logrando así la posición más alta en la jerarquía militar. Anzoátegui, en cambio, por su prematura muerte, no pudo alcanzarla. Pero sí tuvo la gloria de ser uno de los jefes —y de los primeros— en el célebre Paso de Los Andes, la hazaña más prodigiosa en la historia militar del mundo. Y fue, precisamente, en el Paso de Los Andes donde Anzoátegui puso en evidencia su envergadura de militar y sus condiciones de hombre superior. Pues, era —Anzoátegui— “valeroso hasta el delirio —valga aquí parafrasear al general Manuel Carlos Piar— i tiene habilidad para la dirección de la guerra, como pocos”. Y así lo demostró en este hecho heroico —después de haber recorrido ochenta leguas, al decir de Dousdebés— en que tomaron parte las tropas que él organizó y disciplinó en Guayana. Y que narra el propio general en carta de Bogotá, dirigida a su señora esposa, doña Teresa Arguíndegui de Anzoátegui, con fecha 8 de agosto de 1819, donde le dice en algunos de sus apartes:

“El Libertador, que saca partido de todo, se ha prevalido de esta situación para llevar a cabo la empresa más atrevida y arriesgada que puede imaginarse: la de invadir a la Nueva Granada atravesando los Llanos de Apure, de Arauca y de Casanare, en lo más crudo del invierno, y luego la Cordillera de Los Andes. Debo contarte cómo se hizo esto, porque ni tú ni nadie pueden suponerlo.

“De San Juan de Payara, en donde estuvimos acampados y nos reunimos con Páez el 16 de enero, volvimos a Angostura, donde se reunió el Congreso, y de allí te escribí una larga carta que dudo hayas recibido.

“Dejamos a Angostura en marzo y fuimos al Apure, en donde no estuvimos un solo día en un mismo campamento. Solo en Rincón Hondo estuvimos algunos días después de la proeza de Páez en las Queseras. El 14 de mayo dejamos esa población y llegamos el 21 al Mantecal: de allí retrogradamos el 25 a Guas-dualito, para hacer creer a Morillo que íbamos sobre Barinas. El 2 de junio salimos de Gausdualito y llegamos el 5 a río Arauca. Figurarse lo que fueron esos tres días caminando por entre el agua, nadando a trechos, ¡será imposible! Los Llanos estaban inundados; parecía un mar literalmente, como ese que ves tú desde tu balcón; había que vadear y pasar a nado los ríos, los caños y los esteros; y, sobre todo, el Cachicamo que tiene dos leguas”.

En otro párrafo anota: “Solo con esta clase de gente, casi todos sin calzones ni camisa, pues muy pocos tenían los restos de sus viejas chaquetas, y el resto estaba sin un hilo de ropa y con solo su guayuco; solo estos soldados que nunca habían estado dos días en una misma parte y que dormían casi siempre entre el agua o sobre su caballo; solo estos, que digo, pudieron hacer tal travesía”.

Luego, cuando se refiere a las mujeres de Tunja, escribe: “...las mujeres que: ¡no lo creerás! se despojaron realmente de su ropa para hacer con ella camisas, calzoncillos y chaquetas para nuestros soldados y de todo lo que tenían en sus casas para socorrernos. Fue esta una resurrección milagrosa. Nos volvió la vida, el valor y la fe, como lo verás por los papeles que te adjunto, en donde se da cuenta de nuestras victorias de Pantano de Vargas y Boyacá, y de mi ascenso a general de división en ese campo de batalla...”.

Ahora bien, ¿cuál era la situación de Anzoátegui en relación a Sucre? Meditando bien, eran tres: la jerarquía militar, la poca edad que le llevaba y la confianza ciega que Bolívar ya tenía depositada en él. Por todas estas razones, observamos que Sucre no hubiera tenido, estando vivo Anzoátegui, oportunidad de destacar sus dotes de militar ni de desarrollar sus cualidades

de hombre superior. Porque Anzoátegui, en ese entonces, estaba ya elegido por Bolívar para dirigir y sellar la independencia. Y Sucre, para esa época, por ser muy joven y poco conocido del Libertador —de esto último existen pruebas—, no era la persona señalada a tal fin. Así vemos que cuando Anzoátegui murió —repetimos— era el segundo jefe después de Bolívar. Por ello, pues, se le hizo difícil al Libertador sustituirlo en el mando de los ejércitos del Norte. Porque no encontró de inmediato el oficial que llenara a cabalidad la ausencia de aquel esclarecido militar de apenas 30 años de edad. De consiguiente, esta situación de desconcierto dio origen a una verdadera revolución (como dijera el general Francisco de Paula Santander a Bolívar en una de sus cartas) en las fuerzas republicanas. Y de ese modo lo aquilató el genio caraqueño, cuya grande admiración por Anzoátegui se deja ver en estas sentidas palabras:

“Habría yo preferido la pérdida de dos batallas a la muerte de Anzoátegui. ¡Qué soldado ha perdido el Ejército y qué hombre ha perdido la República! ¡Qué difícil es reemplazar dignamente un hombre como Anzoátegui!”.

Días después, en otra carta que escribiera Bolívar al general Santander, fechada el 19 de noviembre de 1819, cuando se refiere a la muerte del general Anzoátegui, dice: “Imagínese vuestra excelencia qué efecto me habrá producido esta noticia. En el momento no me atrevo a decir lo que debo hacer”.

Y más adelante afirma: “...y finalmente, con respecto a la conducción de reclutas para Venezuela, y remisión de dinero a mi cuartel general, que es a lo que se reduce la dicha comisión, cada día más importante y necesaria para remediar en parte los males que nos va a causar la muerte del señor general Anzoátegui, que seguramente pueden llegar a ser muy graves ¡Dios quiera que no lo sean!”.

Por ello, la fatal noticia afectó profundamente los planes del Libertador al no encontrar el jefe que pudiera sustituir a Anzoátegui. Pues las tropas libertadoras del Norte se encontraban acéfalas, es decir, sin un jefe con suficiente capacidad militar para emprender aquella magna obra de liberación. Y consideramos, por lo mismo, que no sería temerario afirmar que —a consecuencia de esta grave circunstancia—, la independencia de Suramérica tuvo un retardo de 19 meses. Porque el Libertador

no halló de inmediato el remplazo de Anzoátegui. De esta manera lo podemos percibir en sus cartas, en donde se ven la incertidumbre y la desesperación del grande hombre. Y en donde se ve, también, el análisis que hizo de la hoja de servicios de cada uno de los oficiales patriotas. Y así, poco a poco, después de una prolongada meditación, destinó para tan delicado cargo al general Rafael Urdaneta. Este general apunta en sus *Memorias* lo siguiente:

“Bolívar y el General Urdaneta se cruzaron y no se vieron en la navegación del Orinoco; pero sabedor el primero en Caicara de que el segundo había pasado, le mandó órdenes con el despacho de Comandante General de la Guardia colombiana, por muerte del General Anzoátegui, acaecida en Pamplona poco antes de la salida de Bolívar de la Nueva Granada”.

Mas, no habría de ser el general Urdaneta quien llenaría cabalmente —y como lo demandaba el momento— el cargo vacante de Anzoátegui. Tampoco Bartolomé Salom, ni Jacinto Lara, ni Ambrosio Plaza, ni Cruz Carrillo, ni Diego Ibarra. No. Sería Antonio José de Sucre, el futuro Gran Mariscal de Ayacucho, quien, con el transcurso del tiempo, sustituyera al Ilustre Hijo de la Ciudad del Cerro Santo y, sin discusión, el genuino heredero de su gloria continental. Sí, caro lector, la gloria inmarcesible del Neverí llegó hasta Colombia, pero su hermano de nacimiento, el Manzanares, la prolongó hasta el campo inmortal de Ayacucho.